

II. Lobos con piel de ovejas malvineras*

Mercenarios de perfil bajo
(los únicos que los vieron
ya no están).
Cuchillos fantasmales
cortando los sueños.
¿Pero acaso nosotros
no veníamos del país de
las picanas sobre panzas
embarazadas?
¿Quién le tenía que tener
miedo a quién?
GUSTAVO CASO ROSENDI, "GURKHAS"

1. MALVINAS: MEMORIA, VERDAD Y JUSTICIA A TREINTA AÑOS DE LA GUERRA

En los últimos tiempos asistimos a un recalentamiento de las declaraciones públicas en relación con la disputa diplomática sobre las islas Malvinas, cuya restitución la Argentina reclama a Gran Bretaña desde que en 1833 esta potencia colonial las ocupó ilegalmente tras expulsar a las autoridades y población locales. Es de esperar que un tema tan sensible para la sociedad argentina concite importantes adhesiones y movilice a muchos compatriotas.

Recordemos que el largo conflicto diplomático llegó a un extremo cuando en 1982, en ejercicio ilegítimo del poder, la dictadura militar encabezada por

* El presente artículo ha sido elaborado por Federico Lorenz, investigador del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) y del CONICET. El autor agradece la lectura crítica, atenta y por momentos discrepante de su amigo Miguel Ángel Trinidad, soldado en Malvinas y uno de los fundadores del Movimiento de Ex Combatientes. Todas las opiniones aquí expresadas son de exclusiva responsabilidad del autor.

Leopoldo Galtieri ocupó en forma transitoria el archipiélago y desencadenó una guerra que produjo 649 muertos y más de 1000 heridos argentinos, más una cantidad de muertes en la posguerra debidas a suicidios y secuelas bélicas que las distintas agrupaciones de ex combatientes hacen oscilar entre 300 y 500 (esa incertidumbre en la cuantificación es de por sí un dato acerca del limbo en el que permanecen muchas de las cuestiones relativas a Malvinas).

Desde entonces, la guerra de 1982, una marca en las memorias del pasado reciente, se superpone con la causa nacional por la recuperación del archipiélago, de más larga data y construcción. A partir de dicha superposición, muchos compatriotas ven en las miradas críticas sobre la guerra de 1982 un ataque a “la causa”, que debería estar por encima de cualquier diferencia, en tanto “nacional”. En algunos casos, esta confusión es intencionada: desde el final de la guerra, las Fuerzas Armadas y civiles afines se han ocupado de que “Malvinas” funcione como escudo ante las críticas que sectores sociales cada vez más amplios hicieron a sus militares,¹ y lanzan contra estos un cargo por un supuesto proceso de “desmalvinización”.

Pero, en realidad, la “desmalvinización” había comenzado desde la derrota misma. Las propias Fuerzas Armadas ocultaron el regreso de los soldados, los presionaron para que no testimoniaran acerca de sus experiencias y persiguieron a las primeras agrupaciones de ex soldados combatientes por temor a que la verdad aumentara su descrédito. El primer gobierno democrático prolongó esa política de ocultamiento, ya que veía en la reivindicación de la guerra una posibilidad para las Fuerzas Armadas de mejorar su imagen y mantener su incidencia en el proceso político.

Con el paso del tiempo (y debido también a omisiones importantes por parte de los sucesivos gobiernos democráticos), “desmalvinización” significó, por extensión, “debilitar la causa nacional”; por ende, los “desmalvinizadores” pasamos a ser traidores –para los sectores más esencialistas–, en tanto cuestionamos, supuestamente, los intereses nacionales. Lo que proponemos, en realidad, es una discusión histórica rigurosa acerca del desarrollo de la guerra y las responsabilidades involucradas; esto, al contrario de lo que pueda creerse, fortalecería una política estatal en relación con Malvinas.

La superposición entre “la guerra” y “la causa” obliga a distinguir dos planos en las discusiones en torno a Malvinas. En primer lugar, el relativo a las relaciones exteriores y a una política estatal argentina que reclama por la vía pacífica que Gran Bretaña acate las resoluciones de las Naciones Unidas y resuelva una situación colonial anacrónica. En segundo lugar –y este es el punto sobre el que nos exten-

¹ Me ocupo de este tema en Federico Lorenz, *Las guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa, 2006 (reedición ampliada y corregida, 2012).

deremos—, el plano referido a la política interna, concierne a los modos en que los relatos públicos sobre la guerra de Malvinas han operado en el espacio público argentino y a sus relaciones con los avances en el esclarecimiento jurídico e histórico de los crímenes y responsabilidades de la última dictadura cívico-militar.

La derrota en el Atlántico sur aceleró la entrega del poder por parte de los dictadores, y en los meses iniciales de la posguerra abrió un importante debate de características históricas y éticas, encarnado en las responsabilidades en torno a la guerra. Fueron sobre todo las agrupaciones de ex combatientes (surgidas muy tempranamente, en agosto de 1982) las que plantearon la necesidad de revisar cuestiones como la constitución y función de las Fuerzas Armadas y abrieron, con sus demandas de reconocimiento, reparación y asistencia, un fuerte espacio de confrontación acerca de las responsabilidades sociales ante la guerra.

En síntesis, en el otoño de 1982 Malvinas constituía, además de una herida al orgullo nacional, la posibilidad de un importante y fundacional debate ético y político acerca de los hechos del pasado; pero, sobre todo, de los pilares sobre los que se consolidaría la democracia. Considero que esa discusión, en buena medida, sigue abierta.

2. SEPARAR PARA PRESERVAR

En mayo de 1982, durante la guerra, el filósofo León Rozitchner, en su polémica con los exiliados argentinos del Grupo de Discusión Socialista, en México, planteó los desafíos políticos e intelectuales que la guerra generaría cuando los militares abandonaran el poder:

El que a hierro mata adentro, a hierro muere afuera: tal fue, corregida, la lección. Y con esto sólo queremos decir que la derrota de la dictadura militar en las Malvinas se inscribe en una lógica estricta, que en el terror impune del comienzo tenía inscripto ya su final. Creemos que ese desenlace, imprevisible en los términos precisos en los cuales se desarrolló, no es sólo fruto del azar; por el contrario, esta guerra “limpia” constituyó la prolongación de aquella otra guerra “sucía” que la requirió.²

Rozitchner otorgó a las interpretaciones que se fueran a construir sobre Malvinas un valor dilemático. Los relatos acerca de la guerra podrían tanto forta-

² León Rozitchner, *Las Malvinas: de la guerra “sucía” a la guerra “limpia”*, Buenos Aires, CEAL, 1985, p. 7.

lecer como debilitar a la sociedad democrática emergente del terrorismo de Estado:

Hay dos formas de reconstruir a la nación después de semejante derrumbe: está la que ellos nos ofrecen y nos proponen canjear, aquella “guerra sucia” contra esta otra guerra “limpia” de las Malvinas; y está esa otra que las Madres de Plaza de Mayo mantienen como un índice y una invitación a otra nueva fundación de la nación. Las madres quieren decirnos que ambas guerras son sucias. Y si me quieren hablar de un “nacionalismo” que tenemos que aceptar so pena de quedar afuera, porque las clases populares, que son nacionalistas, por su mismo nacionalismo obnubilado, pasional sí pero no visceral, quieren aceptar la transacción de canjear muertos por muertos e igualarlos, tenemos entonces que elegir entre esas dos formas de nacionalidad.³

La disyuntiva planteada por esta argumentación no era solamente ética sino que impugnaba, al ubicar la guerra con Gran Bretaña en el contexto histórico en el que se había producido, la idea de inscribir a los muertos de Malvinas en la historia de los sacrificios patrióticos de, por ejemplo, el período independentista:

Al inscribir los nuevos muertos en la guerra de las Malvinas como si se tratara de una guerra por la conquista de una porción de nuestra soberanía, elevaremos el dolor de estas nuevas madres al nivel político: los hijos verdaderos de la patria son los que han muerto, mandados una vez más por los militares, por la nación. Serán los muertos legítimos, estos que los militares pueden confesar.⁴

Frente a este dilema, existieron salidas que abrevaban en la tradición histórica nacional y que eran útiles por partida doble: porque ofrecían un relato auto-complaciente para incluir la experiencia bélica y, por extensión, construían un espacio de legitimidad para los sectores castrenses, fuertemente cuestionados por la sociedad tanto por la guerra en las islas como por las violaciones a los derechos humanos.

De este modo, el proceso conceptual que avizoró Rozitchner (y que también había denunciado valientemente en la Argentina Carlos Brocato)⁵ comenzó a

3 *Ibíd.*, p. 58.

4 *Ibíd.*, p. 59.

5 Carlos Alberto Brocato, “¿La verdad o la mística nacional?”, Buenos Aires, Círculo Espacio Independiente, 1982.

desarrollarse desde el final mismo de la guerra. Consistió en el esfuerzo, por parte de algunos sectores, por consolidar un relato épico de la guerra que soslayara el hecho de que la dictadura que la produjo la había conducido, además, en condiciones desastrosas.

Es importante destacar que a lo largo del tiempo el CELS, a través de sus presidentes, mantuvo una distancia crítica en relación con el conflicto basada en premisas similares. Emilio Mignone, el presidente fundador, y Horacio Verbitsky, su presidente desde 2000, escribieron pronunciamientos sobre la guerra de las Malvinas, tanto en aquel momento como en los años subsiguientes, que no han perdido vigencia. Durante el conflicto, Mignone era partidario de “reprobar públicamente la invasión” pero, “luego de una áspera discusión interna” y “con el apoyo de los dirigentes de la primera hora”, acordaron que “el CELS se mantuviera en silencio”,⁶ lo que reproducía una situación que vivieron muchos adversarios de la dictadura. A meses de la derrota, Mignone afirmó que el fracaso en la única guerra que las Fuerzas Armadas afrontaron durante el siglo pasado, sumado a la pérdida de autoridad moral por la represión clandestina, era “la oportunidad histórica de cerrar el ciclo de las intervenciones militares”,⁷ “el momento adecuado para el aniquilamiento de las bases programáticas y de poder del régimen militar”, para “la destrucción del régimen castrense, con reforma integral previa y la subordinación de las Fuerzas Armadas”. Pero la clase política “estaba en otra cosa”.⁸

Por su parte, en un libro publicado en 1985, Verbitsky advertía acerca de la maniobra conceptual que implicaba sacralizar la guerra, aunque establecía la necesidad de reconocer las condiciones históricas imperialistas que habían favorecido la decisión de la dictadura:

La vana tentativa de abstraer el 2 de abril de su contexto histórico, de los cinco años previos y de la forma en que se condujo y se perdió la guerra, crea la ilusión de que en la dictadura sombría que masacró a parte de una generación para mejor entregar el país, alentaban elementos nacionales [...]. Esta confusión sólo sirve al propósito de resacralizar a las Fuerzas Armadas, trocando en glorioso el más irresponsable de sus actos [...] La agresión criminal de los dos imperialismos anglosajones puede y debe denunciarse, pero entendiéndolo cómo fue provocada por el régimen castrense que creía

6 Emilio Mignone, *Derechos Humanos y sociedad. El caso argentino*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional y CELS, 1991, p. 123 y ss., y 144.

7 “Las Fuerzas Armadas hoy: ¿Constitución o concertación?”, *La Voz*, 28 de septiembre de 1982.

8 Mignone, ob. cit., p. 123.

protagonizar la Tercera Guerra Mundial, y sin caer ahora en las celdas de quienes utilizan el irredentismo isleño para cubrirse con los colores nacionales que no defendieron mientras ejercían un mando omnímodo. El redimensionamiento de lo militar en la sociedad requiere una evaluación correcta del 2 de abril de 1982.⁹

Sin embargo, los esfuerzos por sacralizar la guerra y abstraerla de su contexto comenzaron desde el momento mismo en que se silenciaron las armas en las islas. Esto aparece, por ejemplo, en una circular del Ministerio de Educación, fechada tempranamente el 15 de junio de 1982, día posterior a la derrota, que ofrecía una serie de recomendaciones para los docentes frente a las posibles preguntas de sus alumnos:

- El heroísmo es valor superior a la Victoria.
- La ocupación del 2 de abril fue un acto de recuperación, como afirmación de derechos y no de provocación o agresión.
- Afirmación de la unidad latinoamericana.
- No buscamos la guerra sino la afirmación del derecho y la justicia.
- No hemos buscado ayudas ajenas a nuestra identidad nacional.
- La Argentina, reserva moral y cultural de occidente.
- Es más difícil la entereza ante la adversidad que la celebración ante el triunfo.
- El sacrificio y el dolor nunca son estériles.
- No obstante Vilcapugio, Ayohuma, Huaqui y Cancha Rayada, la emancipación de las Provincias Unidas del Río de la Plata fue una realidad hecha de heroísmo y de coraje.
- La historia señala muchas noches aciagas precursoras de días venturosos y sus héroes no fueron únicamente los vencedores de batallas.
- La síntesis final es la unidad demostrada en la convivencia de juventudes, que, superando todas las diferencias, se redescubrieron en el verdadero sentir argentino.
- La recuperación de las Malvinas es sello de una profunda unión nacional. Esto es realidad demostrada y no euforia transitoria.¹⁰

9 Horacio Verbitsky, *La última batalla de la Tercera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Legasa, 1984.

10 Citado en Ministerio de Educación, *Pensar Malvinas. Una selección de fuentes documentales, testimoniales, ficcionales y fotográficas para trabajar en el aula*, Buenos Aires, 2009, p. 127.

En esta línea, la guerra de Malvinas debía inscribirse en la historia larga de la Argentina, equiparando la rendición en las islas con desastres que las fuerzas patriotas (una homologación del ejército sanmartiniano con el de la dictadura) supieron revertir.

Frente a esta postura, surgían (y surgen) preguntas ineludibles: ¿era (o es) posible hablar de la guerra de Malvinas en la misma clave que respecto de las guerras del siglo XIX, con el terrorismo de Estado (no solamente la derrota en las islas) de por medio? ¿No debían (o deben) pensarse ese tipo de contratos con el pasado a la luz de la experiencia reciente?

Entonces como ahora, algunos actores utilizan diferentes vías para separar procesos que desde una perspectiva histórica están inextricablemente unidos. En esa iniciativa, aunque no necesariamente con los mismos objetivos, confluyeron las acciones de las Fuerzas Armadas y las de distintos gobiernos militares y civiles desde 1982. Sucede que el relato épico patriótico de la guerra ofrece la ventaja de que soslaya las diferencias y las críticas, en la medida en que el fracaso en las islas se inscribe en una historia nacional que, de manera teleológica, más allá de derrotas circunstanciales como la de 1982, está destinada al éxito, a la victoria (y a la realización como pueblo, en este caso, una vez alcanzada la plenitud territorial). Por supuesto que había un interés en que esto fuera así, sobre todo por parte de los sectores castrenses: las críticas por la derrota en las islas, por la conducta de muchos de quienes la habían conducido, se expandieron en forma simultánea a la difusión de las denuncias por violaciones a los derechos humanos. Figuras emblemáticas como Alfredo Astiz, un símbolo de la represión ilegal pero también de la derrota ignominiosa, se consolidaron como íconos en esos días, y demostraron que no hubo unas Fuerzas Armadas que fueron a Malvinas y otras represoras, sino que eran las mismas.

Esos esfuerzos disociativos, que se traducen en formas de concebir la guerra (y de amparar a sus responsables, que en ocasiones también lo son de violaciones a los derechos humanos), mantienen vigencia en el presente y orientan políticas públicas en relación con el tema Malvinas. En una intervención reciente, Julio Cardoso, actual director del Observatorio Malvinas de la Universidad Nacional de Lanús y uno de los impulsores de un libro de texto diseñado allí para las escuelas secundarias,¹¹ propone el siguiente ejercicio conceptual para referirse a Malvinas:

1. ¿Con quiénes se enfrentaron los soldados argentinos en Malvinas: con la fuerza colonial británica o con la dictadura militar?

¹¹ Observatorio Malvinas, *Malvinas en la Historia. Una perspectiva suramericana*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Lanús, 2011.

2. ¿Qué es lo que estaba en juego para esos combatientes: la soberanía de las islas o la continuidad de la dictadura militar?
3. Los caídos argentinos en la guerra de Malvinas: ¿son héroes de esa lucha o son víctimas del gobierno militar?¹²

Queda claro que, desde el punto de vista de la experiencia histórica de los actores, estas dicotomías no son viables: los soldados conscriptos no podían combatir por aquello que no conocían (y que muchos conocieron después), al mismo tiempo que resulta ridículo pensar que la dictadura iba a conducir una guerra para autodestruirse (aunque efectivamente eso hizo, lo que en todo caso da cuenta de la alienación de algunos de sus conductores y de la hipocresía o cobardía de algunos de sus asesores). Pero sobre todo, son incorrectas analíticamente, porque los antagonismos planteados apuntan a desprender la guerra de 1982 de las condiciones históricas en las que se produjo: remiten a la discusión posterior a la guerra, intrínseca a la democracia, y no al clima social en el que millares fueron movilizados por el conflicto. Pero, obviamente, instala una dicotomía entre el fin patriótico superior y la discusión sobre el hecho histórico.

Tales falsas disyuntivas son eficaces a la hora de establecer un cordón sanitario entre las voluntades de reflexión crítica sobre la guerra de 1982 (y, por extensión, sobre el cuarto de siglo que va de 1975 a 2001) y su objeto. Lo son pues construyen ese objeto como una guerra esencial y sagrada a la que no debería “manchar” la discusión política, dado que la “causa” y la “lucha contra el imperialismo” fueron el verdadero origen de la guerra, y no la coyuntura histórica (una dictadura militar) en la que esta se produjo. Por extensión, instalan en los sectores más reaccionarios la idea de que cualquier revisión sobre Malvinas atenta contra la causa y, obviamente, es antinacional. Son peligrosos y decadentes resabios de tiempos binarios que, debido a la polisemia de conceptos como “pueblo”, “patria” y “nación”, facilitan voluntaria o involuntariamente la impunidad.

3. CUESTIONES DE SASTRERÍA

El proceso de paulatino cierre institucional a la cuestión de los derechos humanos tuvo su correlato en relación con la guerra de Malvinas. Sumado al im-

¹² Julio Cardoso, “La postguerra como campo de batalla”, disponible en <www.nomeolvides.org.com.ar/wpress/?p=613>. Originalmente, esta ponencia fue presentada durante el Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa de la Patria Grande”, desarrollado en la Universidad Nacional de Lanús (UNLa) en 2010.

pacto de las sublevaciones militares de 1987, 1988 y 1989, las activas y radicales organizaciones de ex combatientes formadas en la década de los ochenta se fueron debilitando. Algunos de sus sectores históricos fueron cooptados por el menemismo, dentro del marco de “pacificación” y “reconciliación nacionales” que este planteaba.

En abril de 1990, poco después del aniversario del desembarco, Carlos Menem se reunió con los principales referentes de un sector de los ex combatientes, de fuertes vínculos con militares carapintadas (con quienes a la vez este presidente tenía acuerdos). El resultado fue la creación de la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina, destinada a controlar en el ámbito nacional a las agrupaciones de ex combatientes. Alineada con el gobierno, esta federación representaba sólo a un sector, pero fue presentada como la única interlocutora institucionalmente reconocida. Así, por ejemplo, la Agrupación 2 de Abril, muchos de cuyos integrantes conformaron la federación, tenía una oficina en la Secretaría de la Función Pública.¹³ El Poder Ejecutivo declaró de interés público el acto de inauguración de la sede de la federación, y la Resolución 1605 del Ministerio del Interior establecía que esta sería la institución que avalaría los pedidos y reclamos de los veteranos de guerra de todo el país ante las instituciones públicas, lo que de hecho obligaba a todos a tramitar sus relaciones con el Estado a través de ella.

Este proceso de cooptación tuvo dos hitos: en el aniversario del desembarco y en ocasión de la inauguración del Monumento a los Héroes de Malvinas, el 24 de junio de 1990. Si en la década de 1980 los ex combatientes buscaban diferenciarse de las Fuerzas Armadas en sus gestos y en sus propuestas, en 1990 la federación rompió con esta tradición. En un periódico afín, uno de sus dirigentes explicaba que “la causa de Malvinas y la defensa de nuestra Patria no tienen relación con una cuestión de sastrería”.¹⁴

Rompían, de este modo, con algunas de las consignas más fuertes del movimiento de ex combatientes, que se diferenciaban tajantemente de los militares golpistas, como expresaron en un discurso de 1986:

Durante la guerra de Malvinas se expresó una nueva generación de argentinos que, después de la guerra, conoció las atrocidades que había cometido la dictadura. Nosotros no usamos el uniforme para reivindicar ese flagelo que sólo es posible realizar cuando no se tiene

13 Judith Gociol, Luis Felipe Lacour y Rodrigo Gutiérrez Hermelo, “Ex combatientes de Malvinas. Ocho años de posguerra”, *Todo es Historia*, n.º 278, junio de 1990, p. 29.

14 *2 de Abril*, junio de 1990.

dignidad. Nosotros usamos el uniforme porque somos testimonio vivo de una generación que se lo puso para defender la patria y no para torturar, reprimir y asesinar.¹⁵

Los sectores de ex combatientes que habían quedado fuera de la federación manifestaron su repudio. Ante la convocatoria a un desfile cívico-militar el 10 de junio (aniversario de la asunción como gobernador de Luis Vernet en 1829), afirmaron:

NO DESFILAMOS

Todos sabemos que el 10 de junio no es el día de los ex combatientes. Es el día de Alfonsín. Es un símbolo de la “desmalvinización”. Este año el presidente Menem va a presidir la inauguración de un monumento y un desfile al que convoca también a la Federación de Seineldín. La Coordinadora Nacional de Centros no va a ese acto porque es para lavarle la cara a las negociaciones con Inglaterra, a la entrega del país a los enemigos, al indulto a los traidores [...] Una cara manchada con la sangre de los caídos en 1982. Tenemos que decirle no al desfile de la entrega. Ni un solo ex combatiente tiene que estar en ese acto.¹⁶

¿Por qué esta ruptura? La federación agrupaba “veteranos de guerra”. El menemismo y sus organizaciones afines impulsaban la idea de que *veteranos* eran tanto los cuadros como los ex conscriptos, a diferencia de la posición histórica de las agrupaciones. La declaración de la coordinadora denunciaba esta maniobra al hablar de la “Federación de Seineldín”: este, aunque preso, era su presidente honorario, mientras que su vicepresidente honoraria era Delia Rearte de Giachino, madre del primer caído en combate en Malvinas. El Estado argentino estaba dando algunas respuestas a los reclamos históricos de los ex soldados combatientes; lo hacía de un modo sesgado y con una finalidad política concreta: terminar con las crisis dentro del sector militar y someter al movimiento de ex combatientes.

La “cuestión de sastrería” era un escalón más en el intento de insertar la guerra de Malvinas en los relatos canónicos sobre la patria y, por extensión, enfrentar las miradas críticas hacia las Fuerzas Armadas. Se trató de una disputa esencial para la identidad de los ex combatientes: los límites de la legitimidad

15 Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas, *Documentos de Post Guerra*, n° 1, p. 23.

16 *Malvinizar*, año 2, n° 5, mayo-junio de 1990.

que otorgaba el haber combatido en las islas, la ampliación de una categoría construida por ellos mismos a poco del regreso al continente, aquella que los identificaba como ex soldados conscriptos, en oposición a las Fuerzas Armadas que según su perspectiva no sólo no los habían sabido conducir sino que los habían traicionado. Como señala Gustavo Pirich, los vínculos entre la federación y los carapintadas eran concretos: desde la recurrente reivindicación de Seineldín en varios editoriales del órgano oficial de la federación hasta el apremiamento del secretario de Hacienda de esta institución mientras combatía del lado de los carapintadas durante su última y más sangrienta sublevación.¹⁷

4. DESAFÍOS

La ausencia de voces estatales claras por parte de los gobiernos democráticos en relación con las características de la guerra de Malvinas y los modos de evocarla (expresada patéticamente, por ejemplo, en el “toma y daca” de 2001, cuando Ricardo López Murphy, ministro de Defensa del gobierno de Fernando De La Rúa, restableció el feriado del 2 de abril como una “compensación” por la masividad de los actos por el 25° aniversario del golpe)¹⁸ ha favorecido que medren actores que, en nombre de la causa nacional, amparan a sectores antidemocráticos.

Desde la asunción del presidente Néstor Kirchner en 2003, la instalación de la lucha por la memoria, la verdad y la justicia como política de Estado abrió una interesante posibilidad en torno a la causa Malvinas que vale la pena proteger y profundizar, ya que sectores interesados en que nada cambie reaccionan cada vez que sienten amenazada su posición de impunidad.

En 2007, en ocasión del 25° aniversario de la guerra, el Ministerio de Defensa argentino (cuya titular era entonces Nilda Garré) organizó una muestra en su sede, el edificio Libertador. En un gesto de apertura y reafirmación de compromiso con el pasado, pero a la vez de revisión crítica, planificó una muestra conjunta, a la que convocó a diferentes actores: organizaciones de ex combatientes, cada una de las Fuerzas Armadas, artistas e investigadores.

Sin embargo, la convivencia de las miradas divergentes o incluso antagónicas no prosperó. El día de la inauguración, la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas (que actuó siempre en sintonía con la Federación de Ve-

17 Gustavo Pirich, *Hojas de ruta. De la guerra de Malvinas a la guerra en el continente*, Buenos Aires, Dunken, 2008, p. 101.

18 *Página/12*, 30 de marzo de 2001.

teranos de Guerra) presentó una nota a la ministra y se retiró del evento junto con los objetos que había ofrecido para la exhibición. El motivo explícito de su enojo fue que el Centro de Ex Combatientes de las Islas Malvinas (CECIM) La Plata había expuesto el maniquí de un soldado estaqueado. La figura reflejaba la voluntad de un sector de los ex combatientes de volver a instalar temas denunciados por las agrupaciones desde el final de la guerra, pero fue leído, precisamente, como un atentado a “la causa”:

Desde el momento mismo de su nacimiento, la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur viene luchando para enaltecer la memoria de sus Héroes [...] Como sucede con todas las causas verdaderamente nacionales y populares, el homenaje a los Héroes de Malvinas y a la Gesta, se inició de abajo hacia arriba. A lo largo de estos 25 años, fue el pueblo argentino el que –sobreponiéndose a la incesante desmalvinización promovida por el sistema político, cultural, educativo y comunicacional de posguerra– ofreció leal y sinceramente su tributo a los Caídos y a la Causa por la que dieron sus vidas [...] La sabiduría popular nunca confunde lo principal con lo secundario: *hay una parte de nuestro territorio ocupada por una potencia extranjera*. Es un conflicto que atraviesa toda la historia argentina y que compromete su futuro y el de la Región. *Hay hombres que cayeron luchando por esta Causa. Son nuestros Héroes*. Esto es lo principal. Esto no puede olvidarse [...]

Esta pérdida de orientación –o esta orientación conscientemente dirigida– es la que todavía insiste en reducir el sentido de la Causa de Malvinas a una “aventura de la dictadura militar”. Olvida los antecedentes, las causas profundas, los intereses en juego, el significado del protagonismo popular que despertó el 2 de abril, oculta a los combatientes o promueve lo peor de ellos, los trata de “chicos de la guerra” y les niega la dignidad de haber sido parte en una Causa histórica del pueblo argentino. Es por eso que los que olvidan estas cosas tienen tantas dificultades para reconocer a sus Héroes. Porque los que eligen el olvido sólo saben construir víctimas [...] Los Familiares, en cambio, hemos elegido la Memoria [...]

Es por ello también, Sra. Ministra, que no podemos dejar de manifestarle nuestra más profunda tristeza y desagrado, ante la muestra que vuestra cartera ha organizado, supuestamente en conmemoración del 25° aniversario de la Gesta de Malvinas [...] Entendemos que pueden existir muchas miradas sobre Malvinas; nuestra entidad no niega a ninguna, aunque hayamos elegido la que entendemos como la más valiosa para construir el futuro de nuestra Nación [...]

La Muestra organizada por usted, abona el camino de la confusión, deshonra la memoria de nuestros Héroes, reduce la complejidad a una mirada prejuiciosa y lejana a la verdad de los hechos.¹⁹

En el párrafo encontramos un argumento extorsivo que debe ser interpelado críticamente: “Malvinas” es una “gesta” intocable porque es una guerra patriótica, hay un territorio irredento y muertos que honrar. Continúa la postura esencialista de la década de los ochenta, que impide distinguir a aquellos ciudadanos que merecen el respeto de sus compatriotas de otros que se amparan en una causa legítima y en la empatía de un pueblo por sus soldados para lavar sus responsabilidades y, en algunos casos, sus crímenes.

Esta situación se transforma en un dilema para el gobierno nacional, sumido en permanentes contradicciones: en su voluntad de honrar a los héroes de Malvinas, el Decreto 886/05 de Néstor Kirchner habilitó que conocidos represores cobraran pensiones honoríficas de guerra. El mismo gobierno retiró luego muchos de esos beneficios gracias a las denuncias y reclamos de algunas agrupaciones de ex combatientes.

Al mismo tiempo, la política de hacer públicos los archivos de la represión en nombre de la memoria permitió descubrir, en marzo de 2010, que el presidente de la Comisión de Familiares que había “escrachado” a Garré era un agente de Inteligencia del Batallón 601 entre 1981 y 1983; hermano de un suboficial de comandos muerto en la guerra, había participado de las actividades de la Comisión de Familiares durante casi treinta años. Que haya sido él quien, en nombre de los argentinos, hablara en la inauguración del cementerio de Darwin en 2009, tras ser despedido por una presidente emocionada, es parte de la complejidad y dualidad del tema Malvinas.²⁰

También en 2007, algunas agrupaciones de ex combatientes (de Corrientes, Chaco y La Plata) presentaron denuncias en la Justicia Federal por violaciones a los derechos humanos cometidas por oficiales argentinos contra sus propios hombres durante la guerra.²¹ Estas, que involucraron inicialmente a cerca de setenta oficiales y suboficiales, incluían cinco muertes (una por fusilamiento, cuatro por inanición), así como muchos casos de torturas y abusos. El puntapié inicial de este proceso había sido el trabajo de la Subsecretaría de Derechos Humanos de la provincia de Corrientes, que se ocupó de preparar la causa y publicó parcialmente sus conclusiones y testimonios en un libro que,

19 Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur, “Nota a la Ministra de Defensa”, 14 de mayo de 2007 (destacado en el original).

20 Véase *Crítica*, 24 de marzo de 2010.

21 Véase *Página/12*, 3 de abril de 2007.

sintomáticamente, estaba prologado por Estela de Carlotto: *Memoria, verdad, justicia y soberanía. Corrientes en Malvinas*.²² “Sintomáticamente” pues esta iniciativa, que abreva en los reclamos iniciales de las agrupaciones de ex combatientes, encontró un contexto favorable y un impulso en la política de derechos humanos del gobierno de Kirchner.

Otro elemento decisivo que generó un contexto favorable a la presentación de las causas fue el recalentamiento de los debates sobre Malvinas a partir del estreno de la película *Iluminados por el fuego*, en 2005. La iniciativa también fue inspirada por el efecto que la película tuvo entre los ex combatientes correntinos:

Luego de los cien minutos de proyección, al encenderse la luz, la emoción del lugar quebraba el alma; los muchachos de la película, hoy abuelos algunos de ellos, abrazados a otros camaradas o a sus familias lloraban desconsoladamente [...] Luego de la proyección los visitantes, algunos ex combatientes de Corrientes y casi todos los del interior provincial, compartimos un asado de homenaje [...] Hablamos obligadamente de la película y todos destacaban sus virtudes, pero muchos, al comentar las vergüenzas que el film devela, expresaban: “es cierto, pero se quedaron cortos”. Y allí nació esta investigación.²³

Al poco tiempo, las denuncias y los testimonios se habían ampliado, sobre todo a partir de la radicación de la causa en un Juzgado de Río Grande (Tierra del Fuego). A los correntinos se agregaron testimonios recopilados en Chubut, Buenos Aires y Chaco, Tucumán, Salta, San Luis y Córdoba. Al igual que en otras causas por crímenes de lesa humanidad, la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación se iba a presentar como querellante, lo que aún no hizo.²⁴

Aquí aparece un elemento que muestra la necesidad de pensar conjuntamente las políticas de memoria y la forma en la que se potencian distintas luchas. Ni las denuncias de los malos tratos y abusos ni la imagen de los soldados estaqueados durante la guerra de Malvinas eran nuevas. Pero lo que apareció como novedoso era tanto la posibilidad de perseguir el castigo penal para los responsables (un movimiento en espejo al de la reapertura de los juicios de

22 Pablo Andrés Vassel, *Memoria, verdad, justicia y soberanía. Corrientes en Malvinas*, La Plata, Ediciones al Margen, 2007.

23 *Ibíd.*, p. 15 y ss.

24 Edgardo Esteban, “Malvinas, una herida abierta”, *Le Monde Diplomatique*, febrero de 2008.

lesa humanidad durante el terrorismo de Estado) como la de revisar el discurso épico en relación con la guerra de 1982.

No es azaroso entonces que buena parte de las discusiones se enfocaran, una vez más, en las formas en que se narraba la guerra y se recordaba a sus muertos. De allí que buena parte de las críticas de quienes se oponían a esta revisión se concentraran en la perspectiva de la película de Bauer y en las acciones de algunas agrupaciones de ex combatientes. Frente a la película, se alzaron voces que la cuestionaron o directamente la impugnaron, aduciendo una supuesta defensa de los intereses nacionales o denunciando que deslegitimaba la “gesta”. Este tipo de cuestionamientos se vio favorecido por la revitalización de las discusiones en torno al pasado que estimuló la política del kirchnerismo. Así como volvieron a alzarse voces que defendían la “guerra contra la subversión” (los libros de Yofre, la revista *BI*), las reivindicaciones de los combatientes y de la guerra en tono de “gesta” encontraron un espacio importante.

5. LATENCIAS Y POSIBILIDADES

Dado que la guerra de 1982 es un momento en el curso de una larga disputa diplomática, este dato no debería bloquear la tarea de ubicar dicho conflicto bélico en el proceso general de esclarecimiento, investigación y responsabilización social que como pueblo sostenemos en relación con el pasado reciente. Hacer esto es, probablemente, el sentido más hondo que se le podría dar, en el plano interno, al tema Malvinas en el trigésimo aniversario. Conviene insistir en que lo que está en cuestión no son solamente las islas, sino la forma de narrar o calificar la guerra, que dirá mucho acerca del compromiso social con la profundización del respeto por la democracia y la justicia, es decir, con la construcción de una sociedad basada en la verdad, tan lejos como esta pueda ser alcanzada.

Tal vez el episodio más emblemático respecto de la latencia de las disputas en torno a Malvinas durante el año pasado haya sucedido en Mar del Plata. El Consejo Deliberante de esa ciudad decidió bajar de sus paredes el retrato de Pedro Edgardo Giachino –oficial naval muerto durante la recuperación de las Malvinas y primer caído en combate en esa guerra–, ya que hay denuncias que lo involucran en la represión ilegal. Distintas voces se alzaron para criticar este gesto, con el argumento de que mancillaba la memoria de los héroes nacionales, confundía las cosas, atentaba contra la “causa” y constituía una “vergüenza nacional”. Pero sucede que el oficial muerto por los *marines* está involucrado en cuatro causas por violaciones a los derechos humanos, además de que dos

sobrevivientes de la ESMA lo reconocieron como un integrante de los grupos de tareas cuyo “nombre de guerra” era “Pablo”.²⁵ La controversia por el cuadro se zanjó cuando las hijas de Giachino se llevaron el retrato descolgado a su casa. Antes, se habían producido actos y marchas de desagravio en distintos lugares del país, y basta una mínima navegación en Internet para comprobar el impacto que la medida tuvo en algunos círculos “malvineros”.

Otro de los ejemplos de esta dualidad es el caso del oficial de comandos Horacio Losito, herido en combate y condecorado por su actuación en la guerra de Malvinas, condenado como responsable por su participación en la masacre de Margarita Belén (Chaco, diciembre de 1976) en mayo de 2011.²⁶

Vale la pena, para profundizar el alcance de estas cuestiones, detenernos en el manual que mencionábamos en párrafos anteriores.²⁷ El libro destaca la guerra de 1982 como “uno de los hechos políticos más importantes de aquel momento: ese movimiento de adhesión popular influyó decisivamente en los acontecimientos, transformando la maniobra propagandística imaginada por la dictadura al tomar las islas en un acontecimiento regional que expresaba aspiraciones históricas de todos los pueblos del continente”. Así, la mirada que se construye sobre la guerra está inexorablemente condicionada por la idea de separar de su contexto el “hecho político” que expresa una “aspiración histórica”.

Por otra parte, se dedica mayor cantidad de páginas a narrar con detalle el desembarco del 2 de abril (una victoria militar) que a describir las condiciones de vida de los infantes en las islas, lo que minaría la visión épica bélica. Que el libro incluya la fotografía del primer muerto en la guerra nos habla de su concepción tradicional de la historia, basada en héroes militares. Pero también es significativo que no informe a sus lectores que Giachino, pues de él se trata, está —como señalamos— involucrado en denuncias por violaciones a los derechos humanos. De igual modo omite, al referirse a los incidentes en las Georgias, abundar en la historia de uno de sus protagonistas, Alfredo Astiz. Es que, dado que “lo importante es la causa” —como señaló la rectora de la UNLa, Ana Jaramillo, en la presentación del libro—, el hecho de que “la dictadura militar, conducida por un borracho, haya decidido ir a la guerra no quiere decir que

25 Véase *Página/12*, 10 de julio de 2011. Uno de los sobrevivientes, Víctor Bastera, fue testigo de la consternación de los integrantes del GT 3.3.2. al recibir la noticia en la ESMA.

26 Véase *Página/12*, 17 de mayo de 2011. Es interesante mencionar que en un libro de testimonios acerca de la guerra, Losito evoca que durante el combate de Top Malo House, donde fue herido y capturado, tenía el temor de que sus enemigos lo remataran. Recordemos que en Margarita Belén un grupo de prisioneros fue asesinado simulando un intento de fuga.

27 Ob. cit. en n. 11, pp. 208-251.

la causa de Malvinas no sea una causa justa y soberana". ¿Es necesario, para sostener "la causa", suavizar u ocultar la responsabilidad y las características de las instituciones militares y los sectores civiles que la apoyaron?

Para explicar la posguerra, los autores despachan en dos páginas las difícilísimas condiciones en las que el primer gobierno democrático tuvo que tomar el tema Malvinas, omitiendo precisamente cuestiones clave como las sublevaciones carapintadas que amenazaron a la democracia, o mencionando al pasar los juicios de 1988 a los responsables de la guerra, pero no así los indultos de Menem para los condenados.

Como, desde su concepción, las circunstancias históricas de la guerra son secundarias frente al reclamo por Malvinas, el texto no vacila en contradecir acciones del gobierno nacional al que adhiere, que impulsa la memoria, la verdad y la justicia como políticas de Estado. El manual desestima la posibilidad de arribar a conclusiones acerca de delitos de lesa humanidad cometidos en Malvinas por algunos cuadros militares contra sus propios soldados, ya que "debido al tiempo transcurrido, se han vuelto imposibles de ser juzgados". Los autores no deberían resignarse tan rápidamente a la impunidad o, al menos, a la búsqueda de la verdad histórica. Hay ejemplos en sentido contrario en su propia "historia nacional", y no sólo de los organismos de derechos humanos sino de los ex combatientes chaqueños, platenses y correntinos, que impulsan hoy en día esas denuncias, decididos a reivindicar su experiencia bélica, pero no a costa de cualquier cosa.²⁸

Vale la pena preguntarse, sobre todo en clave prospectiva, si la profundización de la verdad histórica que se construye al juzgar las violaciones a los derechos humanos no debería producir, por "arrastre", un proceso similar en cuanto a la guerra de Malvinas. Esta pregunta no remite sólo a la posibilidad de un relato histórico acerca del conflicto de 1982 sino también a los modelos que como sociedad elegimos encontrar en el pasado.

¿Es legítimo que la muerte patriótica en Malvinas lave los pecados represivos? Esta pregunta es clave, ya que tanto Néstor Kirchner como Cristina Fernández se definieron en reiteradas oportunidades como presidentes "profundamente malvineros", tanto por convicción ideológica como por procedencia regional. En su discurso del 2 de abril de 2011, en Río Gallegos, la presidente explicó la prioridad que asigna al reclamo por Malvinas y también por qué el conflicto por la usurpación no debería superponerse con disputas internas más recientes:

28 "La causa por tortura a soldados argentinos llega a la Corte Suprema", *Tiempo Argentino*, 28 de enero de 2012.

Nosotros –y cuando hablo de “nosotros” hablo de los argentinos– debemos saber diferenciar las cosas que ocurrieron, poder separar quiénes gobernaban bajo formas no democráticas, del hecho en sí que es el ejercicio de la soberanía nacional y el rechazo al colonialismo que aún avergüenza a la humanidad en el siglo XXI.²⁹

En el mismo discurso, la presidente evocó las persecuciones que ella y su esposo sufrieron durante la dictadura. Sin embargo:

Eso nunca nos llevó a confundir las cosas, porque es imprescindible que los hombres y mujeres que tenemos responsabilidades institucionales y fundamentalmente también todos los argentinos, aprendamos, hagamos el duro aprendizaje de poder diferenciar las cosas y saber comprender que la patria y sus derechos están por sobre toda otra cualquier circunstancia o episodio que nos haya tocado vivir a cada uno de nosotros.³⁰

Ese espacio donde “no se confunden las cosas” es precisamente el lugar donde medran sectores antidemocráticos y reaccionarios, que usurpan además la memoria de los que merecen honra. Entonces, ¿qué operación de reconstrucción histórica deberíamos hacer socialmente para que fuera posible honrar el sacrificio de millares de argentinos y a la vez caracterizar el contexto en el que fueron a combatir? ¿Qué sucedería si extendiéramos a Malvinas la política de memoria, verdad y justicia? ¿Cuáles serían las claves que permitirían que el 2 de abril de 2012 se produjera un hecho simbólicamente tan importante como lo fue el 24 de marzo de 2004, en el que un presidente encabezó la “recuperación” de la ESMA y pidió perdón en nombre del Estado? Hace falta una palabra que señale que no puede haber honra en las manos manchadas de sangre de compatriotas, aunque luego combatan contra un enemigo imperial. Es preciso que se redefina, como fruto del proceso de justicia, a quiénes debe una comunidad reconocer en su sacrificio y su entrega.

Quiénes en Malvinas maltrataron a sus subordinados, a tal punto que llegaron a condenarlos a la muerte debido a su impericia y desaprensión, son responsables de delitos contra la humanidad, pero además, con su accionar violaron códigos de justicia militar y, en definitiva, contribuyeron, con la comi-

29 “Palabras de la presidente de la Nación, Cristina Fernández de Kirchner, en el acto de conmemoración del día del veterano de guerra y XXIX aniversario de la gesta de Malvinas, en la ciudad de Río Gallegos, provincia de Santa Cruz”. Disponible en <www.presidencia.gov.ar/discursos>.

30 Íd.

sión de esos delitos, a la derrota final. Son violadores de derechos humanos en las islas y, en algunos casos, también en el Continente, antes de la guerra; pero además, considerando la “causa nacional” y el código de justicia militar desde cuya perspectiva se concibió el Informe Rattenbach, son también traidores a esta causa. La presidente avanzó en esa dirección cuando ordenó la publicación de dicho informe. Esa investigación, realizada en cuanto cesaron los combates por una comisión designada por la última Junta militar, integrada por un teniente general y un general de división, un almirante y un vicealmirante, un brigadier general y un brigadier mayor, recomendó destituir y fusilar a los miembros de la Junta militar que dispusieron la guerra y condujeron las operaciones.

¿Por qué no retomar la línea del informe Rattenbach, de los juicios de 1988, por qué no revisar los indultos otorgados a los responsables de la guerra en 1990? Quienes desde el presente los defienden u ocultan horadan la misma causa que dicen querer proteger. Y es que la principal contradicción es que unas Fuerzas Armadas que actúan como pretorianos contra su propio pueblo al servicio de sectores dominantes no pueden combatir en una guerra de liberación.

La discusión, entonces, es ética y política, tan urgente como en el invierno de 1982, igualmente desafiante en este nuevo contexto.